

Gonzalo Picón Febres y La literatura venezolana en el siglo diez y nueve

Diego Rojas Ajmad

Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Artes
Universidad Nacional Experimental de Guayana
rojasajmad@gmail.com

Resumen

Nos proponemos en el presente artículo dilucidar la función ideológica de las historiografías literarias venezolanas, específicamente de la obra iniciadora de esta práctica *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* (1906) de Gonzalo Picón Febres. Según nuestra hipótesis, la historiografía se constituye como práctica del poder, que contribuye en la tarea de dotar de legitimidad a la existencia e integridad del Estado y, por lo tanto, a la nación. Desde esa perspectiva, buscaremos insertar el ejercicio historiográfico de Gonzalo Picón Febres en la corriente liberal, que dominó la construcción de las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX, y reconstruir con esa lectura el camino iniciado por Gonzalo Picón Febres en la historiografía literaria venezolana y las influencias dejadas en su posterior desarrollo.

Palabras clave: Gonzalo Picón Febres, historia literaria, *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*.

Abstract

In this paper, we propose to dilucidate the ideological function of Venezuelan literary historiographies, specifically Gonzalo Picón Febres's book which, in fact, initiated this movement, entitled *La Literatura Venezolana en el siglo diez y nueve* (1906). Our hypothesis is that historiography is constituted as a practice of power and contributed to the task of investing with legitimacy the existence and integrity of the State and, therefore, of the nation. From this perspective, we shall attempt to place Picón Febres's historiographical exercise within the movement of liberalism which dominated the formation of Spanish American nations in the 19th century, and by so doing, we hope to reconstruct the journey undertaken by Picón Febres in Venezuelan literary historiography and the influences that became manifest in its subsequent development.

Key words: Gonzalo Picón Febres, literary history, *Venezuelan literature in the 19th century*.

*¿Por qué tanto sacrificio? ¿Por qué ese hombre dedicó
tantas noches a la luz de una lámpara
para rescatar la cultura de un país que no
iba a reconocerle sus méritos en vida?*

Lubio Cardozo

La posteridad le hará justicia.

Eduardo Picón Lares

Digo “Gonzalo Picón Febres” y el vaivén de mis labios evoca una bucólica Mérida de escasas y neblinosas calles. Digo “Gonzalo Picón Febres” y en la variedad de sus sonidos se oye el rumor del Albarregas y el Chama. Digo “Gonzalo Picón Febres” y la regia figura de un ermitaño andino hace aparición. Mariano Picón Salas, en una emotiva estampa sobre la vida y obra de este escritor, lo llamó “misterioso vecino”. Quizás cansado de los placeres de la corte, tal vez como haciendo caso de los versos de Francisco Lazo Martí, quien aconsejaba “[e]s tiempo de que vuelvas; es tiempo de que tornes, no más de insano amor en los festines...”, Gonzalo Picón Febres terminó recluido en su casa merideña alejado de la crítica ciudadana, de la socarronería religiosa y de las peligrosas mieles del poder. Misterioso vecino que siempre huyó del centro, y que en su recóndita periferia desarrolló una obra sólida en historia, crítica y narrativa que merece la pena revisitarse.

La literatura venezolana en el siglo diez y nueve, publicada en 1906, despierta aún en los lectores de hoy consideraciones encontradas, que van del elogio desmesurado a la crítica anacrónica. Luis Beltrán Guerrero dirá por ejemplo: “¿qué sería de la historia de nuestra cultura si no hubiese escrito *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*” (Miliani, 1968: 28); mientras es común oír a investigadores contemporáneos achacarle, anacrónicamente, fallas al libro, como “falta de frescura en el lenguaje”, “ausencia de orden expositivo”, “falta de objetividad en sus juicios críticos”, “hay contradicciones”, “su valor radica solamente en ser un inventario de obras”...

¿Por qué el escozor hacia una obra escrita ya hace más de cien años? Quizás el libro nos recuerde el vínculo tan estrecho entre

literatura y poder; quizás nos descubre que la literatura construye la nación, por lo que sus tan mentadas musas no sean más que excusas que encubren el reino de negociaciones y estrategias que hacen realidad el canon de un país.

Nos propondremos, por esos motivos, dilucidar la función ideológica de las historiografías literarias del siglo XIX venezolano. Según nuestra hipótesis, la historiografía se constituía como práctica del poder, que contribuía en la tarea de dotar de legitimidad a la existencia e integridad del Estado y, por lo tanto, a la nación. Desde esa perspectiva, buscaremos insertar el ejercicio historiográfico de Gonzalo Picón Febres en la corriente liberal, que dominó la construcción de las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX.

Gonzalo Picón Febres y *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* nos han de mostrar, cual Virgilio, el sendero infernal y utópico de la construcción de un país. Los lectores de hoy quizás lo vean como prueba de un ayer irrecuperable. Quizás no. Quizás el valor de ese libro radique en que nos hace presente el lejano ayer.

Con este libro de 1906, escrito por el merideño Gonzalo Picón Febres (1860-1918), se inicia la práctica de la historiografía en Venezuela. Comparado con el registro de historias literarias de otros países latinoamericanos, la inauguración de la historiografía literaria en Venezuela es tardía. Esto se explica, en parte, por haber sido Venezuela escenario de continuas guerras que hacían más lenta la estabilización política del Estado y por lo tanto imposible el ejercicio sosegado del recuento del pasado. Antes de él, sin embargo, se hallan variadas muestras de una conciencia por el registro histórico, razón por la cual hace afirmar a la investigadora Mirla Alcibiades:

Sobre la historia literaria, el panorama aparece más desolado en punto a atención recibida en fechas posteriores. Todavía hay quien sostenga que la *Biblioteca de autores venezolanos* (1875) de José María Rojas, debe ser visto como el primer intento por organizar el corpus de nuestras letras nacionales. Desplazando la fecha algunas décadas después, no falta quien vea en *La literatura venezolana en el siglo XIX* (1906) de Gonzalo Picón Febres la primera historia literaria producida en nuestro país.

En mi opinión, la cuestión referida a la historiografía literaria venezolana debe correrse algunos años antes de los señalados. Veíamos páginas atrás la oferta del editor e impresor Valentín Espinal cuando, desde *Correo de Caracas* en 1839, se comprometía con una ‘Colección de artículos originales venezolanos, inéditos y publicados’. Creo que es la intención historiográfica la que subyace en ese impreso (y en los que, con el mismo propósito de coleccionista, le sucedieron en el tiempo). Digo esto porque la importante existencia de un importante número de impresos reunidos bajo la denominación de Flores, Aguinaldos, Biblioteca o Álbum, es la muestra de que la idea de reunir, de juntar, producciones literarias como cuadros de costumbres, relatos y poemas, bajo un título que daba cuenta del carácter miscelánico con el que se presentaba a sus lectores, dejan ver los afanes de evitar que esos materiales se perdieran en el fárrago cotidiano de la prensa periódica (Alcibiades, 2007: XXV).

Discrepamos de esta afirmación. Si confundimos el ejercicio historiográfico con la mera relación de autores y obras o con la simple faena de la antologización, pudiéramos llegar entonces a la afirmación de que la práctica historiográfica de la literatura venezolana se remonta a la época de la Conquista y la Colonia con los textos de Juan de Castellanos y José de Oviedo y Baños. Sin embargo, estas prácticas no pueden ser consideradas como textos historiográficos propiamente dichos. Son en realidad crónicas, inventarios, listas de títulos y autores ordenados cronológicamente. La Historia no debe ser confundida con la Crónica. Esta no es más que una relación de hechos; aquella, una reflexión acerca de causas y consecuencias.

Por estas razones insistimos en reafirmar a *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* (1906) de Gonzalo Picón Febres como el texto que inaugura la historiografía literaria en Venezuela. Este libro es el primero que de manera orgánica y total da un orden y lógica al corpus literario y consolida y resume todo el proceso anterior de intentos de consolidación de corpus de literatura nacional llevados adelante por la necesidad de una idea de Estado-nación. Infinidad de folletos y artículos de prensa, entre los cuales pudiéramos

mencionar a “Literatura patria” de José Pérez (1864), “Literatura patria” de Juan Piñango Ordóñez (1875), “Perfiles venezolanos” de Felipe Tejera (1881), “Literatura venezolana” de José Güell y Mercader (Hortensio) (1883), “Reseña histórica de la literatura venezolana” de Julio Calcaño (1888), “Notas sobre la evolución literaria en Venezuela” de Pedro Emilio Coll (1904), “La literatura venezolana” de José Gil Fortoul (1904), entre muchos otros, dispersos y perdidos por la prensa venezolana de la época, evidencian un proyecto de las clases dirigentes por dar basamento cultural al proyecto liberal de construcción del imaginario nacional que coincide con el período que transcurre entre los gobiernos de Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez, o también llamado de consolidación del Estado nacional moderno.

Al acercarnos a *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, un libro de 439 páginas en glasé, encuadernadas en tapas de cuero por la empresa “El Cojo”, en 1906, nos topamos con dos impresiones que nos sobrecogen. La primera se nos devela por medio de la palabra “verdadera”, palabra con la cual se inicia el libro. Es sabido ya por nosotros que “la verdad” es “una verdad”, limitada por los prejuicios, la experiencia, la formación, la concepción de mundo que posea cada individuo. Habría que tener en cuenta la noción de verdad en Gonzalo Picón Febres para poder justipreciar las opiniones del merideño. Como típico hombre del siglo XIX, en los juicios de Gonzalo Picón Febres dominan las reglas del arte clásico. El orden clásico es la marca que guía su juicio, exigiendo medida, ética y asuntos elevados:

Las obras literarias que perduran son las que reflejan de un modo verdadero la realidad de la vida, la realidad del corazón humano, la realidad de la naturaleza y los ensueños de la fantasía; son aquellas en que la expresión es consustancial con lo que expresa, o lo que es lo mismo, que esté en armonía, que tenga semejanza, que se manifieste en completa identidad con las ideas, sentimientos, espectáculos, escenas o emociones que describe. Entre lo que se expresa y la manera de expresarlo debe ser la relación tan íntima y tener tal claridad y analogía, que la percepción sea fácil e instantánea por parte de la inteligencia.

El fundamento del arte está en el orden, que no es sino el concierto entre la idea principal y las que le sirven de accesorias, entre los detalles y el conjunto, entre *lo que es* no solo por su virtualidad, sino también por la forma en que se vierte para que sea perceptible (Picón Febres, 1906: 243).

Hacer poesía es crear hermosura peregrina, y para crearla se necesita que el asunto sea elevado (objetivo o subjetivo); que se mantenga en los dominios de la estética, digno de los esplendores de la imaginación, del entusiasmo del espíritu, de la admiración del hombre y de las filigranas del arte. Ocuparse en verso hiriente de las pasiones bajas, de las miserias apestosas, de las trivialidades y sandeces de la vida, es prostituir el divino lenguaje de las Musas (Picón Febres, 1906: 239).

Esta toma de posición y defensa de creencias le valió a Gonzalo Picón Febres innumerables críticas. Pero su sinceridad con respecto a la incomprensión hacia las nuevas o ajenas manifestaciones del arte, que no pertenecían a su código estético, le salvó:

No intento en modo alguno imponer a nadie mis muy humildes opiniones. Lo que ingenuamente digo en el decurso de estas páginas, es lo que pienso, lo que creo, lo que en mi entendimiento existe como una convicción bien meditada (Picón Febres, 1906: “Introducción”).

Yo ignoro, por supuesto, si estas afirmaciones mías resultarán desencajadas y anacrónicas en los actuales tiempos, si la razón no me asiste con sus luces, si me equivoco por completo, o si mi espíritu no está condicionado eficazmente para alcanzar las grandezas y sublimidades de algunos poetas hispano-americanos a quienes hoy se considera como altísimos; pero declaro a la faz de todo el mundo literario, sin miedo a las tremendas fulminaciones de la crítica, sin escrúpulos de ningún linaje y con la mayor sinceridad, que si yo entiendo y admiro, verbi gracia, a Rubén Darío en los *Abrojos* y en las *Prosas profanas*, no lo entiendo en los *Cantos de vida y esperanza* (Picón Febres, 1906: 243).

Julio Planchart caracterizó bien esta incomprensión por parte de Picón Febres, al catalogarla de “misoneísta”:

El misoneísmo es achaque natural del hombre maduro y del anciano. Estos, por lo general, pierden la facultad de variar de convicciones, sobre todo las adquiridas en la juventud, y amadas entonces apasionadamente porque constituían elementos esenciales a la formación de la personalidad, y luego, porque viene a ser para aquellos algo así como bienes intelectuales insustituibles, y el recto sentido de ver las cosas. Una novedad cualquiera es factor de inquietud e irritación. La sensibilidad inhábil ya para responder a las excitaciones de lo nuevo, provoca indiferencia que se expresa con un **no entiendo**, al cual el orgullo transforma en frase irónica equivalente a decir: tales novedades son malas y contrarias a una sana y verdadera comprensión. Picón Febres tenía en mucho sus convicciones, era un hombre ya formado y por lo tanto misoneísta (Planchart, 1948: 407-408).

La segunda impresión que nos aguarda desde las primeras páginas del texto de Picón Febres es la presencia de una heterogeneidad de temas tan variado que abarca la política, la educación, el periodismo, los liceos, academias y ateneos, Guzmán Blanco, Adolfo Ernst, entre otras consideraciones de aparente extraliterariedad. “Falta de plan razonable” (Semprum, 1990: 193) le achacará Jesús Semprum al libro, y Julio Planchart, en el mismo tono y con ansias de jugador de rompecabezas, dirá que la obra:

...[P]arece como si ella hubiese sido compuesta con disertaciones relativas a diversos temas relacionados con la literatura venezolana del siglo XIX sin la visión del conjunto y se hubiesen colocado unas detrás de otras sin mayor orden. Así el capítulo tercero hubiera sido quizás el primero si en él hubiese habido concepto de cronología (...). En cambio en el primero trata de nuestra historia política, o mejor, de la falta de imparcialidad de los autores que la han escrito. El cuarto hubiera podido ser el segundo (...) (Planchart, 1948: 406-407).

Es posible, sin embargo, configurar una intención objetiva por parte de Gonzalo Picón Febres en la estructura de los nueve capítulos del libro. Veamos su recorrido temático:

Capítulo	Tema
I	Historia política de Venezuela. Historiografía
II	Historia de la literatura venezolana
III	Condición científica y cultural de Venezuela, finales del XVIII y XIX
IV	Orígenes de la literatura nacional Instituciones culturales
V	Guzmancismo
VI	Positivismo. Realismo y Naturalismo La crítica literaria
VII	Poesía venezolana
VIII	Juicios críticos a la poesía venezolana
IX	La narrativa venezolana

Pudiésemos plantear, como hipótesis acerca de la razón por la cual Gonzalo Picón Febres optó por esta estructura, la vinculación con el pensamiento historiográfico liberal de Andrés Bello. Al respecto, Beatriz González en *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (1987), dice: “Las directrices del pensamiento de Bello tuvieron una repercusión fecundante en algunos historiadores del siglo XIX” (González, 1987: 27). Andrés Bello había postulado en los textos “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”, ambos de 1848, la idea de que la historia debe estudiarlo todo: clima, leyes, religión, industria, producciones artísticas, guerras, letras y ciencias. “Hoy no es ya permitido escribir la historia en el interés de una sola idea. Nuestro siglo no lo quiere; exige que se le diga todo” (Bello, 1956: 231). Gran acierto que retoma Picón Febres y que explica la presencia de diversidad de temas, en un intento novedoso por asediar el hecho literario desde múltiples perspectivas.

En la obra *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* se nos presenta a lo largo del texto una frase nada inocente: “literatura patria”, “orígenes de la literatura nacional”, entre otras del mismo talante. Frase nada inocente, decimos, porque la frase se construye

sobre palabras de notoria carga ideológica: Historia-Literatura-Nación.

La idea de nación irrumpe para el siglo XIX hispanoamericano como motor del anhelo independentista. Pero ese proyecto de “nación” era el deseo de un sector de la sociedad, que, en una especie de sinécdoque que parece ser la figura retórica del poder, convierte los intereses y productos de un sector en los intereses y productos de todos.

Nación, siguiendo las ideas de Gustavo Luis Carrera (1984), no es más que una convención política, que resulta de condicionantes unificadores geográficos, políticos, económicos, lingüísticos y culturales. Por su parte, Luis Ricardo Dávila, en su libro *Venezuela: la formación de las identidades políticas* (1996), dice: “¿cómo la sociedad deviene nación? Pues bien, adelantemos una respuesta: Estos procesos ocurren a través de la puesta en marcha de una compleja red de organización simbólica e institucional y de la difusión de prácticas discursivas que van homogeneizando una manera de sentir y representar los procesos colectivos” (19).

La historiografía literaria se constituye como una de esas prácticas discursivas que cumplen una función decisiva para la construcción ideológica de una nación, que servirá a los sectores dominantes para fijar y asegurar los emblemas necesarios de la imagen de la unidad política. Así, surge la ecuación Literatura=Nación; literatura esta que tiene la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social, y a su vez de ser instrumento de disciplinamiento modernizador de lo heterogéneo. Picón Febres dirá: “Como la raza, como las costumbres, como la literatura propia, la lengua es una parte constitutiva e integrante de la patria” (Picón Febres, 1906: 129).

Estas ideas podrían sustentarse, siguiendo a Beatriz González, en el proyecto liberal del siglo XIX, y este a su vez en las ideas hegelianas de la *Filosofía de la historia*. Según el filósofo alemán, la historia es concebida bajo una perspectiva teleológica: las naciones progresan hacia el más alto espíritu de desarrollo que sería la nación. Europa correspondería al más alto grado de desarrollo espiritual y

el centro de irradiación de la cultura. Hegel puso las etiquetas de “Viejo Mundo” para Europa y “Nuevo Mundo” para América; y en esa novedad, en esa juventud radica, según el filósofo alemán, nuestra inferioridad e incapacidad. Nuestra salvación, nuestra oportunidad para ingresar a la historia, sería recibir las luces europeas, es decir, mantener relaciones constantes con el viejo mundo, o lo que es lo mismo, entrar en el Liberalismo económico.

Si para Venezuela la Independencia representó la apertura hacia el liberalismo, no es de extrañar que Gonzalo Picón Febres determine el origen de nuestra literatura en los años previos a la declaración de la Independencia: “El progreso intelectual alcanzado por Caracas en los primeros diez años del siglo decimonoveno, estimuló bien pronto a varios hombres inteligentes de la época a escribir en prosa y verso” (Picón Febres, 1906: 109). Doce años después, en *Nacimiento de Venezuela intelectual*, otro hermoso libro editado por Talleres Gráficos de la ULA y que merece la pena ser reeditado, mantendrá la idea: “Después del 19 de abril de 1810 fue que lució la aurora literaria en nuestra patria” (Picón Febres, 1968: 95). Evidentemente, si nuestra historia inicia en el año de la firma independentista, antes de ella no éramos más que seres realengos de mundo, iniciándose así la “leyenda negra” de Venezuela. La Colonia se esfumó de nuestras vidas, se abolió como mancha que hay que esconder. Era nuestro conchabado.

Esa teoría del progreso, engarzada con el liberalismo económico, equiparaba el desarrollo literario con los vaivenes del desarrollo político, económico y social. Así, si el origen de nuestra literatura fue 1810, según el mismo Picón Febres, 1830, como dice en el tercer capítulo de la obra, “es la base fundamental e incommovible de la nación venezolana. De ese año, como de una aurora que deslumbra, como de una primavera hermosa, como de una fecundación inmensa, surgen las mariposas de la literatura” (Picón Febres, 1906: 106).

Picón Febres señala a 1840 como otro año de referencia para la evolución de la literatura nacional. Hay que recordar que en esa fecha nace el Partido Liberal y se inicia una larga polémica de intereses políticos, revueltas caudillescas, Páez, los Monagas, la Guerra Federal... De esta época dirá Gonzalo Picón:

Naturalmente, la lucha de los partidos se empeñó con singular esfuerzo; las pasiones se exaltaron en la palestra cívica hasta hacer brotar los odios y los tremendos rencores banderizos; todos los hombres de ilustración y de talento no se ocupaban sino de la política; los mismos literatos, los que solo rendían culto a las benéficas artes de la paz le quemaron incienso a manos llenas (Picón Febres, 1906: 114).

Más adelante dirá Gonzalo Picón de manera tajante: “Nuestra literatura comenzó a renacer (...) en 1864” (Picón Febres, 1906: 115). Hay que recordar que en esa fecha nacen los Estados Unidos de Venezuela, y Falcón y Antonio Guzmán Blanco, representantes supremos del liberalismo, asumen la dirección del poder ejecutivo. De ahí en adelante, la línea de evolución de nuestra literatura remonta vuelo, según el merideño.

Esos son los parámetros cronológicos de la concepción de la evolución literaria de Gonzalo Picón Febres. Otro tema digno de destacar en el libro *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* consiste en la recurrente mención de las instituciones culturales como herramienta dinamizadora de la sociedad. Entre esas instituciones menciona a los liceos, ateneos, academias, sociedades, tertulias, organismos educativos y a las publicaciones periódicas (periódicos y revistas).

Estas prácticas e instituciones coadyuvaron a sustituir la anterior unidad cultural de la Colonia basada en lo cristiano, lo católico, lo español y lo monárquico, en una nueva unidad cultural basada en lo nacional, creando así el sector que detentaba el poder un sustituto común para todos los habitantes de este país.

Al investigador que desee aproximarse a la cultura venezolana del siglo XIX, le resultaría ineludible voltear el rostro hacia todo el conjunto hemerográfico —revistas y periódicos— en el que descansa la mayor parte, si no la más importante, de la producción literaria del país. “Es casi un lugar común en los estudios sobre literatura del siglo pasado destacar la importancia de la prensa periódica” (Silva, 1993: 20), habría dicho acertadamente Paulette Silva. Pero más que lugar común, más que perogrullada, el hecho de darle importancia a

las “efímeras y democráticas” hojas periódicas es consejo renuente en algunas personas. Hay que insistir en que las revistas y los periódicos, así como los volantes y las hojas sueltas, como nos lo enseñó Tulio Febres Cordero al recoger del suelo para resguardar en su archivo la más mínima hoja impresa, se constituyen como el índice espiritual de una época. La condición efímera de las revistas y los periódicos, al contrario del libro, no denota poca importancia o influencia en la vida cultural. En sus páginas es donde el lector toma consciencia de lo contemporáneo y donde se da cuenta de las actividades culturales e intelectuales de sus colegas y de su época.

La valoración de la prensa periódica venezolana del siglo XIX se redimensiona bajo la pluma de Gonzalo Picón Febres. Ya el papel periódico no es más objeto de desecho o víctima sacrificada por manos de pulperos. Ahora, y este sería otro aporte de Picón Febres a la historiografía literaria venezolana, las revistas y periódicos son “depósito de interesantes datos que servirán mañana de abundoso contingente para escribir la historia científica y literaria del país”. (Picón Febres, 1906: 118).

Gonzalo Picón Febres concede gran importancia a las publicaciones periódicas. Él dice: “Casi toda nuestra literatura desde el triunfo de la Revolución de Abril hasta las postrimerías del siglo decimonoveno, se encuentra en los periódicos” (Picón Febres, 1906: 116). Esta afirmación es explicable, en parte, si recordamos la frase que sobre la Buenos Aires de finales del siglo XIX pronunció Rubén Darío: “Publicar un libro era una obra magna, algo como comprar un automóvil ahora, o un caballo de carreras” (Rama, 1985: 84). A pesar del auge de la impresión en la época guzmancista, auge demostrado por el estudio de Cira Naranjo y Carmen Sotillo (1987) en el que se señalan 366 publicaciones realizadas entre 1808 y 1870; y 1.059 publicaciones entre 1870 y 1887, años estos que comprenden el llamado período del guzmancismo, no era lo suficiente como para satisfacer la demanda, por lo que la opción más expedita era la publicación del texto en revistas o periódicos. Las publicaciones periódicas coparon entonces el horizonte del ejercicio de la escritura. Manuel Gutiérrez Nájera dijo al respecto: “Si Aristófanes hubiera nacido en nuestros tiempos, tengo por seguro que él habría redactado gacetillas” (Rama, 1985: 85). O,

para volver a Rubén Darío: “Hoy y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir...” (Carter, 1959: 70).

Aunque la historia nos ha acostumbrado a pensar nuestro siglo XIX como una época prestada solo a los avatares de la guerra, en realidad la vida cultural y cotidiana se desarrollaba con sus rasgos y matices particulares. En el caso de las publicaciones, Yolanda Segnini nos ofrece la siguiente panorámica de la época:

En este ambiente de ajustes y desajustes, de encuentros y desencuentros, de pasiones políticas exacerbadas; en un país que para el último decenio del siglo pasado [siglo XIX] escasamente supera la cifra de dos millones de personas, de las cuales casi el ochenta por ciento es población rural sin ningún nivel de instrucción, y solo cuatro ciudades sobrepasan el número de veinte mil habitantes; en esa Venezuela, reiteramos, se introducen imprentas en sesenta de sus poblaciones y para 1894 existen 23 establecimientos tipográficos en la sola ciudad de Caracas, y, como hecho resaltante, una cantidad aproximada de 344 periodistas al lado de más de mil escritores (...). Para ese mismo lapso, las cifras señalan 198 publicaciones a nivel nacional; 109 de las cuales tienen como sede la ciudad de Caracas (Sosa y otros, 1987: 40).

Entre estos periódicos y revistas Gonzalo Picón Febres hizo mención especial a *El Cojo Ilustrado*, fundado por Jesús María Herrera Irigoyen. *El Cojo Ilustrado* es considerada la mejor publicación cultural latinoamericana de la época. De esta publicación Picón Febres vaticina una gran verdad: [*El Cojo Ilustrado* será] “un depósito de interesantes datos que servirán mañana de abundoso contingente para escribir la historia científica y literaria del país” (Picón Febres, 1906: 118).

Sin embargo, Picón Febres no hizo mención alguna de las publicaciones periódicas representantes de la corriente modernista, de ahí la notoria ausencia de la revista *Cosmópolis* (1894-1895) ni de la prensa humorística. Las razones de ello, el misoneísmo, ya fueron esbozadas minutos antes.

“En la sátira, en la burla, en la ironía y en el chiste, no puede haber belleza alguna” (Picón Febres, 1906: 239), diría Picón Febres

al referirse a la imposibilidad del humor como género perteneciente a la literatura. Pero periódicos y revistas humorísticas hubo muchas en el siglo XIX venezolano. *El Zancudo, La Charanga, El Jején, El San Balandrán, Fígaro, El Diablo, La Caricatura, El Pica-y-juye*, el cual tenía por redactor jefe a “Tuqueque” y como secretario a “Puyón”, por lema ostentaba la frase “periódico joco-serio-satírico-puyoso, trabajoso-ampuloso y tormentoso”; *El Jején*, que tenía por lema: “El hombre que no roba en este país se lo lleva el diablo”, frase que adjudicaron a Platón. Tenemos también *El Loco, El Búho*, el cual se autodefinía “periódico crítico, burlesco; soplón joco-serio, que pica, frunce y da carraspera”, entre muchos otros que son ignorados por Gonzalo Picón Febres y luego por la historiografía literaria posterior.

Luego de este ajetreado recorrido por la propuesta historiográfica de Gonzalo Picón Febres, la sensación que nos queda es la de estar en presencia de una obra inacabada, de un mármol a medio cincelar. Pareciera que en el ámbito de los estudios literarios la ingente tarea de crear nuestro corpus, valorarlo y reflexionar sobre sus fundamentos, es una labor que apenas ha tenido amagos en nuestros investigadores. La historia, la crítica y la teoría literarias, pilares del arte de la palabra, esperan por su desarrollo.

Ese desdén hacia los estudios literarios vino acompañado, ya a finales del siglo XX, por una crisis de sus fundamentos. Historia, Literatura, Nación..., conceptos clave en la conformación del saber cultural, se resquebrajaron y ya su significado había quedado vacío. ¿Cómo escribir una “historia de la literatura venezolana” si la tres palabras que conforman esta frase son polémicas y causantes de múltiples debates acerca de su precisión y utilidad: historia, literatura y nación? Por esta razón, pensamos, la última historia de la literatura venezolana fue publicada en 1973, época en la cual comienza la crisis de los paradigmas en las ciencias sociales. Luego de este conflicto, era imposible asumir la responsabilidad de crear una historia de la literatura venezolana en solitario, con la seguridad de criterio que utilizaron Mariano Picón Salas o Pedro Díaz Seijas, por nombrar a algunos otros historiadores de nuestra literatura.

Es imposible, según el paradigma reinante, acometer un trabajo de historia literaria en solitario y que pretenda abarcar el objeto a

estudiar en su totalidad. El saber del mundo acumulado sobrepasa la capacidad de memoria de las comunidades y el paradigma del pensamiento complejo, visión dominante de estos tiempos, obliga a la búsqueda de relaciones múltiples.

Por estas razones, las estrategias historiográficas actuales se diferencian en demasía con las pergeñadas hace ya casi 104 años. La tradición de las “historias literarias”, iniciada en Venezuela por Gonzalo Picón Febres, tradición mantenida luego por Mariano Picón Salas, José Ramón Barrios, Pedro Díaz Seijas, José Ramón Medina y Juan Liscano, es hoy día discurso irrealizable. En estos momentos, lo aconsejable es la visión multidisciplinaria y grupal, que asedie la producción literaria de un país desde sus múltiples nichos.

Una historia de la literatura venezolana, desde el paradigma de la complejidad, debe concebir lo literario como un fenómeno cultural imbricado por múltiples factores, por infinidad de signos y territorios. Si para el paradigma del pensamiento complejo la totalidad es piedra de toque fundamental, entonces una historia de la literatura venezolana debe percibir todo el espesor, todas las voces, todos los pliegues que hacen de la imaginación llevada a palabra (oral o escrita) una práctica social. Una historia de la literatura venezolana compleja no arguye períodos, ni generaciones, ni movimientos; ni se convierte en una farragosa lista de autores y obras. Por el contrario, la historia pensada desde la complejidad es hoy una multidimensión que aún aguarda por nosotros.

Los tiempos obligan, y quizás pronto seamos testigos de la publicación de una historia de la literatura venezolana desde un enfoque de la teoría de los polisistemas o de la historia cultural. Aproximaciones desde el ámbito de la literatura hispanoamericana ya han señalado el camino, como el trabajo propuesto por Paul Alexandru Georgescu, quien en 1989 publicó su *Nueva visión sistémica de la narrativa hispanoamericana*, o el ya mencionado *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, del 2006.

Al concluir estas líneas, no queda más que señalar la imperiosa necesidad de volver a colocar sobre el tapete la valiosa obra de Gonzalo

Picón Febres. Una mirada hacia nuestro pasado, hacia las raíces de nuestra identidad, se nos presenta como una tarea perentoria en estos momentos de globalización y uniformación cultural. Esa mirada, al contrario de la conseja bíblica, no nos volverá estatua de sal, sino que fortalecerá nuestro ser y hacer venezolanos.

Digo “Gonzalo Picón Febres” y una comarca de nieblas se abre ante nuestros ojos...

Recibido: noviembre 2010.

Aceptado: enero 2011.

Referencias

- Alcibiades, Mirla (2007). *Ensayos y polémicas literarias venezolanas: 1830-1869*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.
- Anderson, Benedict (1991). *Imagined communities*. Londres: Verso.
- Bello, Andrés (1956). *Obras completas. Tomo VI. Temas de Historia y Geografía*. Caracas: Ministerio de Educación.
- Cardozo, Lubio (1969). *Apreciaciones y comentarios*. Mérida: Euroamérica.
- Carrera, Gustavo Luis (1984). “Sobre el concepto de nación”. En: *Imagen virtual*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Carter, Boyd (1959) *Las revistas literarias de Hispanoamérica*. México: De Andrea.
- Dávila, Luis Ricardo (1996). *Venezuela: la formación de las identidades políticas. El caso del discurso nacionalista (1920-1945)*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Febres Cordero, Tulio (1985). “Colecciones de periódicos”. En: *El Lápiz*. (24) Mérida: Universidad de Los Andes. (Autores y escritores merideños; 1).
- Febres Cordero G., Julio (1983). *Historia del periodismo y de la imprenta en Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 640 p. (Fuentes para la historia colonial de Venezuela; 158).
- González Stephan, Beatriz (1987). *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de Las Américas.
- González Stephan, Beatriz y otros (comps.) (1995). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila.

- Miliani, Domingo (1968). "Gonzalo Picón Febres. Historiador de Venezuela intelectual". En: Picón Febres (1968).
- _____ (1985). *Tríptico venezolano. (Narrativa. Pensamiento. Crítica)*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Naranjo de Castillo, Cira y Sotillo, Carmen G. (1987). *Producción bibliográfica y política editorial en la época de Guzmán Blanco (1870-1887)*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. (Fuentes para la historia republicana de Venezuela; 44).
- Picón Febres, Gonzalo (1906). *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve. (Ensayo de historia crítica)*. Caracas: El Cojo.
- _____ (1968). *Obras completas*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Planchart, Julio (1948). *Temas críticos*. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.
- Rama, Ángel (1985). *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (119).
- Semprum, Jesús (1990). "Gonzalo Picón Febres". En: *El libro que no se ha escrito*. Caracas: Monte Ávila.
- Silva Beauregard, Paulette (1993). *Una vasta morada de enmascarados: poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*. Caracas: La Casa de Bello.
- Sosa, Arturo y otros (1987). *Gómez, gomecismo y antigomecismo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. (Colección Obra abierta).